

# Última gavilla de textos desconocidos de Pío Baroja

MIGUEL ÁNGEL GARCÍA DE JUAN

Catedrático de Lengua Española y Literatura en Madrid  
Doctor en Filología Hispánica por la Universidad Complutense

## *Resumen:*

*Este trabajo representa un paso adelante más en la recuperación de textos olvidados de Pío Baroja, que se suma a la tarea que venimos realizando desde 1999 con la publicación de la antología Desde el exilio. Los artículos inéditos publicados en “La Nación” de Buenos Aires. A los tres repertorios siguientes a esta compilación de artículos desconocidos del escritor donostiarra, publicados por la misma editorial Caro Raggio en 2001, 2003 y 2014, añadimos ahora veintiún textos desconocidos (desde 1899 hasta 1935) del principal narrador de la llamada “Generación del 98”. Con su lectura, se puede confirmar, o acaso variar, la opinión que se tenga de él en cuanto a su evolución como persona y como escritor, pero lo que no se puede discutir es su amplio conocimiento de distintos temas, sus grandes dotes de observación de lo que le rodeaba, el espíritu crítico, la claridad en la expresión de las propias opiniones y su estilo sencillo y ameno, uno de los principales atractivos de los escritos del autor donostiarra.*

*Palabras clave: Pío Baroja. Textos olvidados. Variedad formal y temática.*

## *Laburpena:*

*Lan hau beste aurrerapauso bat da Pío Barojaren testu ahaztuak berreskuratzeke prozesuan. Lanak osatu egiten du 1999. urtetik esku artean dugun zeregina, Desde el exilio. Los artículos inéditos publicados en “La Nación” de Buenos Aires antologiaren argitalpenarekin hasitakoa. Idazle donostiarraren artikulu ezezagunen bilduma horren ondorengo hiru katalogoei –Caro Raggio*

*argitaletxeak argitaratu zituen 2001, 2003 eta 2014. urteetan— “98ko belau-naldiko” kontalari nagusiaren hogeita bi testu ezezagun gehitu dizkiogu orain (1899tik 1949ra bitartekoak). Horiek irakurri ostean, pertsona eta idazle gisa izan zuen bilakaeraren inguruko iritzia berretsi edo aldatu ahal izango dugu, baina ez zenbait gairen inguruan zuen ezagutza, hori guztiz eztabaidazina baita; horrez gain, idazleak inguratzen zuen guztia aztertzeo dohain handiak, espiritu kritikoa, bere iritziak emateko argitasuna, eta estilo sinplea eta atsegina zituela azpimarratu behar dugu, horixe baitzen autore donostiarrak egindako idazkien erakargarritasun handienetako bat.*

*Hitz gakoak: Pío Baroja. Testu ahantziak. Forma eta gaien aukera.*

*Summary:*

*This work represents another step forward in the recovery of forgotten texts by Pío Baroja, which is added to the work we have been carrying out since 1999 relating to the publication of the anthology Desde el exilio. Los artículos inéditos publicados en “La Nación” de Buenos Aires (From Exile. The Unpublished Articles appearing in “La Nación” newspaper of Buenos Aires). We are now adding twenty-two unknown texts (from 1899 until 1947) by the main author of the so-called “98 Generation” to the three catalogues following the latter compilation of unknown articles of the San-Sebastian-born writer published by the same publishing house Caro Raggio in 2001, 2003 and 2014. When reading them it is possible to confirm or perhaps adjust the opinion that is held about him in terms of his evolution as a person and a writer, but what cannot be disputed is his broad knowledge of a range of subjects, his great capacity for observing the things around him, his spirit of criticism, his clarity when expressing his own opinions and his straightforward, pleasant style, a characteristic that makes this San Sebastian-born author so appealing.*

*Key words: Pío Baroja. Forgotten texts. Formal and theme-based variety.*

## **I. Presentación**

La producción escrita no creativa de Pío Baroja sigue siendo una fuente inagotable para los lectores. Concluida la recuperación en la primera mitad de 2014 de textos olvidados del escritor vasco que publicamos a finales de ese año bajo el título de *Corresponsalia de guerra y otros textos olvidados*<sup>1</sup>,

---

(1) BAROJA, Pío, *Corresponsalia de guerra y otros textos olvidados*, Madrid, Caro Raggio, 2014.

siguen saliendo a nuestro encuentro varios más, al continuar recorriendo de norte a sur y de este a oeste el ubérrimo mundo barojiano.

Se trata en esta ocasión de veintiún escritos que reunimos en cinco grupos: El primero, y principal, se encuentra formado por cuatro artículos periódicos y dos largas respuestas en la prensa a preguntas de Matilde Muñoz y Carmen de Burgos (números **1, 2, 3, 4, 13 y 15**)<sup>2</sup>; el segundo apartado lo componen varias cartas remitidas al director de *La Veu de Catalunya* (nº **5**), a Tiburcio Linacero (nº **6**) y a Federico García Sanchiz (nº **7**), más unas palabras enviadas al homenaje a Francisco Grandmontagne el 8 de junio de 1921 (nº **8**); el tercero, el más numeroso, reúne contestaciones muy breves a preguntas de diferentes medios de comunicación sobre cine, la Real Academia Española, la relación entre literatura y sociedad... (números **9, 12, 16, 17, 18, 19 y 20**); el siguiente grupo lo forman tres lecturas de cuartillas con ocasión de su estancia en Cataluña en abril de 1928, en la visita que le hicieron los participantes en las “Jornadas Médicas” de San Sebastián (septiembre de 1929) y en la inauguración en el Museo de San Telmo de San Sebastián del busto en su honor esculpido por Victorio Macho (1935), números **10, 11 y 21**; finalmente, transcribimos la comunicación en el diario *Ahora* de su renuncia a presentarse a las elecciones a diputados en Cortes del año 1931 (nº **14**).

En cualquier recopilación de textos (recuperados o no del olvido) lo que más interesa es lo que manifiesta su autor, no lo que acerca de ellos pueda decir quien los reúne; por eso, intentaremos ser lo más breves posible al referirnos a estos veintiún de Pío Baroja que se rescatan aquí.

Al comenzar el verano de 1899, el joven novelista vasco viajó por primera vez a París e inspirado en su estancia<sup>3</sup> escribió para *La Voz de Guipúzcoa* siete artículos, no seis, como se creía hasta ahora, bajo el título “Desde París”. En efecto, las *Obras completas* del Círculo de Lectores (1997-2000), las

(2) En la reproducción aquí de textos recuperados de Baroja respetamos el orden cronológico de su aparición en la prensa. Para mayor facilidad de hacer referencias a ellos, se encabezan con un número arábigo.

Todavía hemos localizado en el semanario *El Español* del 6 de enero de 1945, p. 16, la colaboración de Pío BAROJA “Sobre el estilo”, pero no la transcribimos, porque, bastante ampliada, pasó a las páginas finales de su libro de “memorias” *La intuición y el estilo* (1948), Madrid, Caro Raggio, 1983, pp. 329-356. De igual modo, no copiamos “Así era mi madre”, aparecido en *La Vanguardia* el 3 de diciembre de 1952, p. 7, dado que pasó, aunque con modificaciones, al libro segundo de “memorias” *Familia, infancia y juventud* (1944), Madrid, Caro Raggio, 1982, pp. 81-82.

(3) De esta primera visita a la capital de Francia tratan las páginas 85-132 de su volumen III de “memorias” *Final del siglo XIX y principios del XX* (1945), Madrid, Caro Raggio, 1982.

más completas hasta la fecha de Pío Baroja<sup>4</sup>, olvidan el artículo que debiera aparecer como “II”, esto es, el de contenido divagador que publicamos aquí encabezado con el número 1, el cual había sido estampado en la página primera del diario donostiarra del lunes 31 de julio de 1899<sup>5</sup>.

“Notas de arte. Cuadernos del Greco II. Asuntos religiosos del Museo del Prado” (*El Globo*, 1 de julio de 1900, nuestro nº 2) es otro artículo que debiera estar presente en el volumen XVI de las *Obras completas* citadas (pp. 911-921), entre “Cuadros del Greco I. Los retratos del Museo del Prado” y “II. Tierra castellana. En Santo Tomé”. Por tanto, los escritos de colaboración de Pío Baroja en *El Globo* sugeridos por su viaje a Toledo en 1900<sup>6</sup> ascienden no a dos sino a tres. En el que recuperamos aquí destaca la siguiente opinión:

A pesar de que estos cuadros no son los buenos del Greco, hay en todos ellos algo muy sutil y metafísico que sorprende y que cautiva. Hay una mezcla de realidad y de idealismo asombrosa. Los hombres, aun el mismo Cristo, tienen siempre caracteres humanos; la Gloria en estos cuadros, es un símbolo más que una realidad.

El tercer texto recuperado (nº 3) del establecido primer grupo consiste en la larga contestación a la escritora Carmen de Burgos, a propósito de una encuesta que estaba llevando a cabo en *Diario Universal*, durante los primeros meses del mes de enero de 1904, sobre el divorcio en España. “Colombine” preguntó a un numeroso grupo de intelectuales y otras personas que quisieran participar, siempre que se identificaran, acerca del “Pleito del divorcio”, pero sólo pudo llevar a las páginas de dicho periódico algunas respuestas, a causa de presiones por parte de individuos y medios de comunicación impresos. En efecto, en el mes de marzo desaparecieron las contestaciones que venían publicándose desde enero en *Diario Universal*. El día 4 de dicho mes recogía el periódico la de Miguel de Unamuno, claramente contraria: “Y pudiera ser que el divorcio trajese mayores males a la vida social que no esa sujeción de los que se casan a algo superior a ellos y a la familia que forman. Creo, además, que el divorcio es un arma contra la mujer”. Bien opuesto al pensador bilbaíno se mostraba don Pío, desde una posición anarquizante, veintidós días después,

---

(4) Es cierto que después de 2000 se han publicado por la editorial Caro Raggio varios libros inéditos de Pío Baroja y tres recopilaciones de textos ignorados suyos (*Libertad frente a sumisión*, 2001, *Los inéditos de HOY*, 2003, y *Corresponsalia de guerra y otros textos olvidados*, 2014), pero ninguno incluye lo que se recupera ahora.

(5) Compruébese su ausencia en las páginas 855-879 del volumen XVI de *O. C.*, BAROJA, Pío, Barcelona, Círculo de Lectores, 2000.

(6) Sobre esta visita a Toledo, véase su citado libro de memorias en nuestra nota 3, p. 196.

nada más comenzar su larga respuesta en la página primera<sup>7</sup>: “Mi distinguida señora: Muy amablemente me pregunta usted la opinión que tengo acerca del divorcio. Soy partidario acérrimo de que se implante esa reforma social”.

El cuarto texto de este apartado, “El domingo en París” (nº 4), lo publicó *El Radical* de Almería el 18 de junio de 1907, inspirado seguramente en un viaje a París de ese año o del año anterior, en el que estuvo con su hermana Carmen en la capital de Francia<sup>8</sup>.

El quinto escrito de este primer grupo de textos largos (nº 13) se publicó en las páginas 37 y 38 de la revista *Estampa*, el primer día de abril de 1930, como contestación a una carta de la periodista Matilde Muñoz, interesada en saber la razón de que, a su juicio, las figuras femeninas de las novelas de Baroja ocuparan siempre un segundo lugar respecto a los hombres y, también, en cuál era la predilecta de las heroínas de sus narraciones<sup>9</sup>.

“España y la guerra” (*Ahora*, 10 de noviembre de 1932, nuestro nº 15) es un artículo propiamente dicho, ignorado entre aquella larga serie que escribió de 1930 a 1936 en el aludido periódico. En esta inadvertida hasta aquí colaboración periodística el escritor donostiarra se muestra partidario de no

---

(7) Queremos llamar la atención, una vez más, respecto a la actitud de Pío Baroja con las mujeres que se aproximaban de una u otra forma a él: su contestación a Carmen de Burgos es una de las más largas de las de los encuestados, como generosa será también la que ofrecerá a Matilde Muñoz a propósito de los personajes femeninos de sus novelas (texto nº 13 reproducido aquí). Carmen DE BURGOS SEGUÍ llevó esta respuesta de Baroja, junto a las de otros, a su libro *El divorcio en España*, Madrid, viuda de Rodríguez Serra, 1904, pp. 11-13. Ignoramos cuál fue la fecha exacta de la contestación de Baroja a “Colombine”, pero sí sabemos que, antes de publicarse ésta en *Diario Universal* el 26 de enero, apareció en *Alma Española* el artículo suyo “Adulterio y divorcio” (10 de enero de 1903, p. 2), más elaborado, en que se declaraba de forma ponderada y argumentada a favor de una norma de disolución legal del matrimonio.

(8) Baroja se refiere a estas estancias en París en los años 1899, 1904 y 1906 en el citado volumen de “memorias”, pp. 147 y ss. Véase nuestra nota 3. Además de estas visitas, don Pío frecuentó París en 1911, 1913, 1924... Pero la estancia más prolongada en la capital de Francia la llevó a cabo durante su exilio voluntario causado por la última guerra civil española, con alguna salida de allí entre 1936 y 1940. Una de ellas a Vera de Bidasoa desde septiembre de 1937 hasta febrero de 1938. Todavía sigue afirmándose por ciertas personas, sin aportar ninguna prueba, que Baroja entró y salió de España varias veces durante su exilio francés y no sólo en el mencionado período en que estuvo en Itzea. Y es que hay quienes intentan acusar a Pío Baroja de haber gozado del favor de los sublevados en julio de 1936, los cuales le permitían salir y entrar en España cuando le viniera en gana.

(9) Si antes no nos hemos detenido en señalar quién fue Carmen de Burgos por tratarse de una persona sobradamente conocida, consideramos que procede anotar que Matilde Muñoz Barberi (1895-1954) fue una mujer con singulares facultades para ejercer el periodismo, la crítica musical y la creación teatral. En cuanto a su primera faceta, destacó con su firma en el prestigioso diario *El Imparcial*.

dedicar más presupuesto al ejército, pues, por un lado, este aumento iría en perjuicio de otras necesidades prioritarias y, por otro, cualquier intervención armada en un conflicto tendría que realizarse siempre al lado de un ejército mejor preparado para lograr la victoria. Le sorprende al autor que, frente a la tradición izquierdista de ser poco partidaria de aumentar el gasto militar, ahora “estos pacifistas antimilitaristas cambian de pronto y se deciden a votar con el Gobierno que quiere aumentar los gastos de guerra del país”. Pío Baroja ya había manifestado expresamente su más que escasa afición al mundo militar en *Juventud, egolatría* (1917), donde exponía con claridad: “Yo soy antimilitarista de abolengo. Los vascos nunca han sido soldados en el ejército regular. Probablemente mi bisabuelo Nessi vendría de Italia como desertor. Yo siempre he tenido un asco profundo por el cuartel, por el rancho y por los oficiales”. Quizá no sea desacertado pensar que estas palabras oculten un intento de justificar haberse librado de cumplir con el servicio militar aduciendo que su padre había participado como voluntario liberal frente a los carlistas<sup>10</sup>.

El 22 de noviembre de 1907 el escritor vasco envía una carta al director de *La Veu de Catalunya* (nº 5), para aclarar lo que había manifestado en su artículo del día 15 en el diario *El Mundo*: “El problema catalán. La influencia judía”, que tantas críticas le había originado en aquella tierra<sup>11</sup>.

---

(10) El pensamiento de Pío Baroja respecto al ejército y los militares requeriría un estudio detallado, pues, frente a esta antipatía hacia la milicia, comprobada también en sus artículos escritos durante la Gran Guerra, en uno anterior titulado “Examen de criterios” y publicado en *El Imparcial* del 30 de octubre de 1911, p. 1, se declaraba del lado de un criterio utilitario del ejército y ponía como ejemplo que una intervención en Marruecos, “para civilizarlo nada más”, sería “un ejemplo para Europa”. Veinticinco años después en “Una explicación” (*Diario de Navarra*, 1 de septiembre de 1936, p. 1) afirmaba que el estado en que se encontraba España sólo podía solucionarlo la intervención del ejército.

Volviendo a la Primera Guerra Mundial y a la calificación sin ningún matiz de Baroja de germanófilo, no nos cansamos de recordar que se negó a firmar el “Manifiesto germanófilo” publicado en *La Tribuna* el 12 de diciembre de 1915. Añadimos ahora, para información de quienes vienen repitiendo lugares comunes, su participación en la solicitud de dinero para ayudar a los españoles que combatían con los aliados. He aquí la noticia que hemos recuperado de *La Correspondencia Española* del 5 de diciembre de 1916, p. 3: “ZARAGOZA. (Lunes, noche.) Han marchado a Madrid Pío Baroja y el caricaturista Bagaría, que vinieron para rogar a los artistas aragoneses envíen obras a la Exposición que se organiza a beneficio de los españoles que forman parte de la legión extranjera agregada al ejército francés”.

(11) *La Veu de Catalunya*, 26 de noviembre de 1907, p. 3. El primer día de diciembre la reproduce el periódico dirigido por José Lombardero *El Noroeste* (Coruña), p. 1, acompañada de un comentario que, entre otras afirmaciones, dice que la copia porque los periódicos de Madrid la han ignorado y porque “la carta es una palinodia que su autor canta envolviéndola en escepticismo y amargura”. El diario de Lombardero en los días posteriores al artículo de Baroja en *El Mundo* ya había sido mucho más radical contra don Pío que los medios catalanes.

La carta enviada a Tiburcio Linacero (*El País*, 26 de marzo de 1911, nº 6) la redactó Pío Baroja al haberle solicitado aquél, desde la Cárcel Modelo de Madrid, algún libro suyo que leer, si pudiera ser *Aurora roja*<sup>12</sup>.

La remitida a Federico García Sanchiz (*Heraldo de Madrid*, 23 de octubre de 1912, nº 7) debió de ir acompañando a la novela *El mundo es así*, que Baroja iba a publicar, pues el periodista y orador valenciano antepone a la estampación de esta carta su artículo “Pío Baroja. La novela próxima a publicarse”, en el cual trata con largueza de la referida obra de don Pío.

El 8 de junio de 1921 se rindió homenaje al escritor y periodista Francisco Grandmontagne en el Mesón del Segoviano de Madrid. Organizaron el acto “Azorín”, Ramón Pérez de Ayala, Enrique de Mesa y Jerónimo Villalba. Como Pío Baroja se encontraba en Vera de Bidasoa y no podía asistir, envió un telegrama que leyó su amigo José Martínez Ruiz (nº 8)<sup>13</sup>.

Siete son las breves respuestas escritas de Pío Baroja a distintos medios que hemos reunido en este tercer grupo de textos olvidados. La primera, la de *La Gaceta Literaria* del 15 de diciembre de 1927 (nº 9), trata de la relación entre la literatura y el cine. Llama la atención que, frente al escepticismo que

---

(12) El periodista bilbaíno Tiburcio Linacero (que firmaba Laureano Marcaida utilizando su segundo apellido) ingresó en la Cárcel Modelo de Madrid el 15 de febrero de 1911 a consecuencia de habérsele aplicado la “Ley de Jurisdicciones”, por un artículo publicado en el semanario republicano de Bilbao *Juventud*, del que era director.

(13) Llama la atención la participación, aunque indirecta, de Baroja en este homenaje, pues no tuvo ninguna simpatía hacia Grandmontagne. Para comprobarlo, puede leerse el volumen primero de sus “memorias” *El escritor según él y según los críticos* (1944), Madrid, Caro Raggio, 1982, pp. 240-244. Tal vez Pío Baroja envió aquellas palabras que leyó Azorín para condescender con él, pues era uno de los organizadores del homenaje a Grandmontagne; pero lo cierto es que en ellas no hay ni una referencia directa a éste.

Francisco Grandmontagne Otaegui, hijo de un inmigrado francés y de una vasca de Cegama nació en 1866 en Barbadillo de Herreos (Burgos), pueblo de emotivos recuerdos familiares para quien esto escribe. A esta localidad burgalesa de la falda de la Sierra de la Demanda llegó la familia Gandmontage Otaegui poco antes del nacimiento de Francisco con el propósito de trabajar en la Fábrica de la Fundición de Hierro. Centrándonos en Francisco, permaneció en Barbadillo, hasta que a los doce años se trasladó a Fuenterrabía, donde permaneció dos con su tío maestro y poeta Claudio Otaegui, hermano de su madre. Vuelto a su pueblo natal, vivió en él hasta 1887 en que, cumplidos los veintiún años, emigró a Buenos Aires, donde fundó revistas, escribió en periódicos y publicó libros. En 1903 regresó a España, primero a Madrid y definitivamente a San Sebastián, ciudad desde la que siguió ejerciendo el periodismo en *El Sol*, *Euskal Herria* o *El Pueblo Vasco*, además de desempeñar el cargo de corresponsal del diario bonaerense *La Prensa*. Falleció en la capital de Guipúzcoa el 1 de julio de 1936. El día siguiente le dedicó el periódico madrileño *El Sol* la mitad de su página 12. De la bibliografía consultada sobre Francisco Grandmontagne y su familia destacamos el libro de Cándido RUBIO VELASCO, *Barbadillo de Herreros*, Imprenta Santos, Burgos, 2001, pp. 366-371.

muestra el escritor vasco por la virtualidad de llevar las obras narrativas al cinematógrafo, *Zalacain el Aventurero* se trasladara en 1929 al celuloide; además, participando él como personaje.

La segunda respuesta de este grupo (*Nuevo Mundo*, 17 de enero de 1930, nº 12) se refiere a qué personas pueden ocupar el sillón de la Real Academia Española que ha quedado vacante tras la muerte de “Andrenio”, entre las que se rumorea se encuentra él. También aquí cabe recordar la disparidad de lo que afirma ahora Baroja (“Paradox”) sobre la RAE con su elección en 1934 e ingreso el año siguiente.

El 25 de abril de 1933 el diario *Luz* publicó las opiniones de varios escritores, una de ellas la de Pío Baroja (nº 16), sobre el periodista madrileño Félix Lorenzo (“Heliófilo”) tras su fallecimiento el día anterior. Lorenzo había fundado en enero de 1932 el citado periódico y lo dirigió hasta su muerte.

A las preguntas de *Heraldo de Madrid* del 10 de agosto de 1933 (nº 17) acerca de qué libro de los que ha leído le ha complacido más y a cuál de los suyos le guarda mayor cariño, responde Baroja de forma telegráfica con treinta y ocho palabras. Así de breves son también las contestaciones a *Almanaque Literario* (1935, nº 18) respecto al compromiso social de la literatura y de sus autores, a *Heraldo de Madrid* (21 de enero de 1935, nº 19) sobre si está escribiendo alguna obra de teatro y a *Mundo Gráfico* acerca de la invasión de Abisinia por Italia (16 de octubre de 1935, nº 20).

Como se ha dicho más arriba, el penúltimo grupo de textos olvidados de Pío Baroja lo componen cuartillas leídas por él mismo en diferentes actos. Las primeras las pronunció con ocasión de una comida organizada por sus amigos de Barcelona y las publicó *Heraldo de Madrid* el 4 de abril de 1928 (nº 10)<sup>14</sup>. Las siguientes las leyó al visitar Itzea los participantes en las “Jornadas

---

(14) Pío Baroja visitó Barcelona en numerosas ocasiones. Según el periodista de *El Progreso* Eduardo Carballo, a finales de marzo de 1924 Baroja le hizo unas declaraciones en la Ciudad Condal que transcribió entrecomilladas y como si hubieran sido un todo seguido sin interrupciones. En las supuestas palabras de don Pío se elogiaba y se criticaba a Barcelona, a Cataluña y a ciertos catalanes; críticas molestas para algunos que reaccionaron escribiendo contra aquél. Pero he aquí que el 10 de abril Baroja desmiente desde París, a través de *La Publicidad*, las declaraciones que le atribuía el redactor de *El Progreso*. El fraude de Eduardo Carballo, sin duda para hacer méritos en su periódico, consistió en tomar la conferencia que el escritor vasco había pronunciado el 25 de marzo de 1910 en la Casa del Pueblo de Barcelona titulada “Divagaciones acerca de Barcelona” (publicada íntegra el 26 por *El Progreso*; por tanto, Carballo tenía fácil acceso a ella) y trocearla a su gusto para componer las supuestas declaraciones que le había hecho Baroja, catorce años después. En consecuencia, no hemos caído en la trampa de transcribir esas palabras de don Pío como un texto olvidado.



Médicas” celebradas en San Sebastián del 15 al 30 de septiembre de 1929 (*La Voz*, 1 de octubre de 1929, nº 11)<sup>15</sup>. De las últimas palabras de Pío Baroja que hemos incluido en este apartado no dicen los periódicos si las llevaba escritas o las pronunció de forma espontánea, pero, por su esmerada construcción gramatical, es más que verosímil que las llevara preparadas. Se trata del agradecimiento del escritor al Ayuntamiento donostiarra por la colocación de un busto obra de Victorio Macho en el Museo de San Telmo de San Sebastián (nuestro número 21). De ello da cuenta *El Liberal* del día 24 de diciembre de 1935 en sus páginas primera y sexta.

Para concluir, en la primera página de *La Voz de Guipúzcoa* del 1 de febrero de 1931 se informaba del rumor de que Pío Baroja iba a presentarse a ser elegido diputado en las próximas elecciones generales, pero cuatro días más tarde, el periódico *Ahora*, en el que venía colaborando desde 1930, publicaba que desistía de su intención por diferentes razones (nº 14)<sup>16</sup>.

## II. Textos olvidados

(1)

“DESDE PARÍS”. *La Voz de Guipúzcoa*, 31 de julio de 1899, p. 1.

En París no pasa nada, absolutamente nada. La cuestión Dreyfus se agota con gran sentimiento de los agitadores antidreyfuistas que lo sienten más que nada por el perro chico del periódico patriotero que ya no se vende. La tranquilidad empieza a reinar en París.

El curioso no tiene en qué ocuparse y, a pesar de su decantado ingenio bosteza aburrido como un lugarón de la Mancha bajo el sol canicular.

---

(15) Las “Jornadas Médicas” de San Sebastián se inauguraron a media mañana del día 15 de agosto en el Hospital de San Antonio Abad. Véase *El Sol* del 17 de septiembre de 1929, p. 8. Acabadas éstas, los médicos que tomaron parte en ellas realizaron el 29 una excursión por Irún, Fuenterrabía (localidad en la que comieron) y Vera de Bidasoa, donde visitaron al médico y escritor Pío Baroja. Léase *El Sol* del 1 de octubre de 1929, p. 4.

Aquel año, flanquearon a estas jornadas médicas las celebradas en Galicia del 19 al 25 de agosto y las de Almería, del 27 al 29 de octubre.

(16) Sobre esta cuestión, véase la nota 17 de las páginas 196-197 de nuestro artículo “Pío Baroja, nuevas aportaciones y aclaraciones a su obra, ideas y personalidad”, *Letras de Deusto*, nº 136, julio-septiembre, 2012, pp. 185-205.

Algunas tardes en los jardines del Luxemburgo, de las Tullerías y del Palacio real las músicas militares dan conciertos y las mamás con sus chicos, que nunca pasan de dos o tres, y las nodrizas y las niñeras con los ajenos se pasean por esos jardines llenos de flores.

París parece en verano una hermosa capital de provincia, una de las cosas más terribles que para un parisién puede parecer París.

¡París...! ¡La Atenas moderna! Este cerebro del mundo no es más que un molesto ganglio nervioso. El mundo no es un gran vertebrado, sino un inmenso articulado, tiene su sustancia nerviosa repartida en todas partes. Por lo demás, París se atraca demasiado de manteca para ser Atenas.

Una de las ventajas de París y de todos los pueblos grandes es esa voluptuosidad amarga que se experimenta al sentirse solo, absolutamente solo. Parece que las luces, los ruidos de los coches, de los tranvías, de los ómnibus, los gritos de la gente, tratan de aniquilar la personalidad y, sin embargo, no la aniquilan, la afianzan.

Parece también que en el hombre hay una personalidad oculta, que es la verdadera, y otra exterior, artificial, formada por ideas y pensamientos admitidos, más que por convicción, por utilidad. La personalidad íntima es un núcleo, la externa es una envoltura, las grandes poblaciones disuelven la envoltura, pero no destruyen nunca el núcleo. No dejan del individuo más que un átomo, un átomo que puede desafiar a la inmensidad a que la devore, porque la inmensidad no lo podría devorar.

Después de todo, ¿qué importan las alegrías tumultuosas ni las voces de la multitud para el espíritu que se siente a sí mismo? Allá, en el fondo del alma, canta el espíritu en la soledad su canción humilde, en morada abandonada y pobre...

Ayer noche, vi a una mujer sentada en la mesa del café de un bulevar entre varios estudiantes melencidos, de esos devoradores de manteca, buenos burgueses, que se las echan de bohemios y que viven en el barrio latino (sic), un barrio legendario de la Bohemia que tiene una leyenda que quizá no ha pasado nunca de ser una leyenda.

La muchacha era bonita, tenía los ojos claros y el pelo rubio, de ese rubio dorado y ceniciento que recuerda el color del lino y el color de las mieses.

Vestía de ciclista, con las piernas al aire; apoyaba la cabeza en la mano y el codo en la mesa y su mirada parecía perderse en los lejanos países del ensueño.

No sé qué la (sic) dijeron, que ella al oírlo se levantó y abrazó a uno de los que estaban allá, luego a otro y así a todos. Después encendió un cigarro y se puso a fumar.

Yo me levanté de allí y me fui sin saber por dónde. Circulaba poca gente por las calles, algunos desharrapados dormían en extrañas posturas en los bancos. Arriba brillaban débilmente las estrellas en el cielo turbio.

Atravesé los puentes; el río negro y de lenta marcha se deslizaba como un pesado reptil bajo los arcos y las luces rojas brillaban temblando en la superficie.

Al pasar junto al Museo, se me ocurrió pensar que era una cárcel en donde habían encerrado los franceses a la Gioconda, a la Virgen de Murillo y a la Venus de Milo y pedí a Júpiter que pudieran huir todas ellas a su patria, una a Grecia, la otra a Florencia, la otra a Sevilla.

Y la inteligencia en pleno libertinaje, como “cocotte” que juega con sus amigos, iba cambiando de imágenes y de ideas a cada momento.

Y pensé que las ilusiones son como las mariposas, que cogidas en la mano pierden su brillo, y que la mujer es una ilusión.

Y que la realidad en que se debe vivir siempre es la del sueño, la única dulce y agradable.

Conseguir, realizar, es la muerte. Ya se ve lo que hacen estos fines adelantados. Trataron de emancipar a la mujer, una idea hermosa; lo han conseguido en parte y han hecho de la mujer una cosa rara que fuma, enseña las pantorrillas, habla de arte y odia a los niños.

Tratan de conquistar la Democracia, otra idea hermosa; también lo han conseguido en parte y la Democracia molesta con su repugnante torpeza.

Se descubre una ley física, se sueña con la aplicación de esa ley, lleva a la práctica y, en la práctica, la ley aplicada en la máquina es torpe, fea y pesada.

A mi modo de ver, el progreso industrial produce la sustitución de las fuerzas psíquicas individuales por las energías extraídas de la materia.

Mañana no necesitarán los hombres sumar, porque sumará la máquina, no necesitarán escribir, porque escribirá una máquina, no necesitarán masticar ni digerir, porque masticará y digerirá una máquina, y la máquina pensará, hablará, hará cuadros con la fotografía

de colores y un día desaparecerá la humanidad y le sustituirá la máquina funcionando admirablemente por medio de una sociedad de máquinas regida por un sistema socialista a lo Carlos Marx.

Sí, yo creo que conseguir es la muerte del sueño. Estos países adelantados como Francia han conseguido sus propósitos, realizaron sus ideales; a nosotros nos parecen grandes porque los vemos de lejos, pero decaen, decaen de una manera rápida.

Eliseo Reclus le decía a un amigo mío: España padece una crisis gravísima, pero el estado de Francia es aún más grave.

Y Eliseo Reclus podrá engañarse, pero no puede engañar...

Y así, andando y pensando recorrí calles y calles y llegué a un bulvar del barrio de Montmartre, en donde vi las aspas del Molino Rojo y, junto a éste la taberna del Z-Arts, una taberna muy elegante, adornada con cuadros, una taberna artística en donde los poetas recitan sus versos.

Entre los mismos tipos de artistas melencólicos y los mismos fumadores que en la Barrio Latino.

Al volver hacia casa, amanecía, unos tintes grises iban iluminando el cielo.

Al llegar junto a Nuestra Señora, el sol empezaba a brillar en el cielo. Entré en la iglesia, estaban diciendo misa; dos o tres beatas había en las sillas. Arrodillados en el presbiterio aparecían unos cuantos curas de cabeza cana, como medallas de plata. Y sonaba el órgano en la iglesia desierta, y las nubes del incienso subían en el aire.

PÍO BAROJA

(2)

“Cuadros del Greco. II. Asuntos religiosos del Museo del Prado”.  
*El Globo*, 1 de julio de 1900, p. 2.

No son las mejores ni las más características obras del Greco; pero, aunque no bastan estos cuadros para formar una idea definida de la clase de pintor que fue Domenico Theotopouli, indican algo de su manera de ser y de pensar. Son como trozos de una gran curva, porque la labor completa del Greco es una parábola cuyo principio está en cuadros como *Cristo en brazos del Padre Eterno* y el *Expolio* de la catedral de Toledo; su final, en el *Bautismo de Cristo*, y el akmé, la cúspide, la parte alta de la curva, en *El entierro del conde de Orgaz*.

### **Cristo en brazos del Padre Eterno (Número 239)**

Flotante sobre nubes plomizas, el Padre Eterno, revestido de una túnica blanca, mitra del mismo color y capa pluvial amarilla forrada de azul, sostiene en sus brazos a Jesús muerto, que aún conserva en sus carnes las heridas de sus pies y la lanzada del pecho.

El cuerpo de Cristo, aunque alargado, no es macilento ni flaco, sino musculoso; la cabeza hermosa y melancólica; el color de la piel blanco grisáceo; el brazo derecho parece como salido fuera de su articulación, tan exagerada es la prominencia del hombro.

Rodean el grupo del Eterno y su hijo seis ángeles de aspecto femenino, cuatro a la izquierda y dos a la derecha. Los seis tienen las caras redondas, los brazos blandos y rollizos, las actitudes de dolor, pero de un dolor un tanto teatral. Sus vestiduras son rojas, verdes y violetas, algunas tornasoladas.

Sobre la cabeza del Padre Eterno se ve el Espíritu en forma de paloma y los rayos de un sol dorado y brillante, que cruza las nubes plomizas como espadas de oro. A los pies de Cristo y bajo la capa pluvial del Padre Eterno se ven cabezas de serafines.

### **Sagrada Familia**

No tiene número ni firma; no se indica en el marco quién es el autor, mas parece indudable sea este cuadro del Greco.

Está seguramente pintado en época posterior a la del *Cristo muerto*, porque, aunque se ven los mismos tonos calientes y vivos que en éste, ya se nota en la Sacra Familia una mayor intensidad, algo de esa energía extraña y dislocada que en algunos cuadros del Greco estalla en fantasías admirables.

La Virgen tiene una túnica roja de tono rosado y un manto azul, que en la cabeza se ahueca graciosamente como una mantilla española. La cara del Virgen no es el óvalo perfecto que pintaron los maestros italianos; la nariz es algo torcida, la expresión burlona, la sonrisa llena de dulce energía. Sostiene la Madre en la falda al niño y pasa su brazo derecho por encima de los brazos de Santa Ana, vestida con un manto de bayeta de color amarillento y una toca blanca.

Detrás, como mirando al niño, se halla San José, un hombre de cabeza fina, de judío inteligente, nariz curva y barba negra en punta. En el fondo nubes plomizas se destacan en un cielo casi blanquecino, como el cielo de los días ardorosos de Castilla.

### **Bautismo de Cristo (2 124)**

“... Y he aquí –dice San Mateo– [que] los cielos le fueron abiertos y vio el Espíritu de Dios, que descendía como paloma y venía sobre él...”

Cristo, desnudo el cuerpo, delgado y pálido, apoya la rodilla sobre una roca del Jordán y reza uniendo las manos. Inclina su cabeza rubia para recibir en ella el agua que le vierte en una concha el Bautista, hombre ya viejo, flaco, con el cuerpo de color cobrizo, la clavícula y las costillas salientes y un cinto de cuero alrededor de sus lomos.

Un ángel niño arrodillado junto al Jordán, levanta los brazos al cielo.

A la izquierda de Cristo se ven cuatro ángeles en fila, uno de los cuales sostiene una tela de color carmín por encima de la cabeza de Cristo.

En lo alto, los cielos abiertos –como dice el Evangelista–. Por entre nubarrones plomizos vuelan los serafines, y más arriba ángeles mancebos, en posturas extrañas, agudas, de una elegancia exquisita, están en adoración ante Dios, que no es el Dios de los judíos, fuerte y terrible, ni el Dios de los católicos, sino un Dios bizantino, delgado, de hombros estrechos, vestido de blanco, que con la cabeza algo inclinada, los párpados caídos y la mano derecha con dos dedos levantados, parece que hace una advertencia amigable e irónica.

Es una idea de Dios espiritualista hasta el infinito. Es un símbolo, una idea metafísica.

Este cuadro del *Bautismo de Cristo* parece una paradoja de algún filósofo alemán representada gráficamente.

### **Resurrección del Señor**

Cristo se eleva en los aires con una bandera blanca en la mano izquierda, Es un Cristo joven, rubio, de nariz larga y algo torcida, con un nimbo cuadrado en la cabeza.

En la parte inferior, en el suelo, los soldados caídos en tropel, blandiendo sus armas; uno de ellos, en primer término, de espaldas, en el suelo; otro vestido con una túnica azul levanta un brazo hasta el Salvador; los demás, en distintas posturas, unos sentados, otros de pie, y todos en actitudes dislocadas.

### **Un obispo (2 124 d.)**

Está de pie, revestido con todos sus ornamentos, en el campo, leyendo un libro que sostiene con la mano izquierda.

Su cara es macilenta, su frente desguarnecida, el aire de resignación y de cansancio. Lleva en la cabeza una mitra; en la mano derecha, un báculo plateresco.

En el marco del cuadro se lee el nombre del Greco y debajo el de Tristán, seguidos ambos de una señal de interrogación.

Seguramente es el aspecto del fondo del paisaje el que ocasiona la duda de quién es el autor de este cuadro. El paisaje es un valle, cerrado en la lejanía por montañas, y no tiene nada del espíritu del Greco, pero, en cambio, la figura alargada del obispo, su expresión mística y dolorosa, la manera de estar tratados los paños del báculo y los bordados del alba, son claramente del autor del *Entierro del Conde de Orgaz*.

### **Cristo crucificado (2 124)**

Está enclavado en la cruz, sobre la cual se ve escrito en caracteres griegos, hebreos y latinos la inscripción: *Jesus Nazarenus Rex Judeorum*, y tiene el cuerpo amarillento cobrizo y la mirada tranquila.

En la parte de abajo se ve a un ángel de espaldas, que llora sostenido con sus manos finas y delicadas en la Cruz, y recoge con su pañuelo la sangre del Crucificado. Una mujer rubia, una de las Marías, está arrodillada a los pies de la Cruz.

A la derecha se ve a San Juan, un hombre flaco, escuálido, de cabeza muy pequeña y cuello muy largo, con los pies desnudos, vestido con una túnica verde y encarnada, en una postura algo violenta, pero graciosa; a la izquierda, la Virgen, con túnica roja y manto azul, rezando con las manos unidas.

En la parte alta se ven dos ángeles alados, uno de ellos recoge en una mano la sangre que sale de la herida del pecho de Cristo; el otro vuela con las manos extendidas en señal de desesperación.

Y en el fondo brama la tempestad, y tiembla la tierra y se hieden las piedras. Una fantasía dislocada reina; se ven nubes que se blanquean por los rayos, luces siniestras, una noche misteriosa llena de resplandores cárdenos y lívidos.

### **Anunciación (2 124 a.)**

En una tabla de pequeñas dimensiones que se encuentra colocada en la Sala española, la Virgen, arrodillada en un reclinatorio, mira un ángel que se le aparece. Se ve una puerta en el fondo que da a una calle, y encima de la puerta haces de luz de sol, con ángeles que vienen en ellos.

### San Pablo (247)

Procede de algún apostolado hecho para alguna iglesia y es semejante a las figuras de apóstoles que hay en el Museo provincial de Toledo y a las de la sacristía de la catedral de esta ciudad.

Tiene el santo el color cobrizo, la mirada penetrante, la mano izquierda apoyada en un libro.

\* \* \*

A pesar de que estos cuadros no son los buenos del Greco, hay en todos ellos algo muy sutil y metafísico que sorprende y que cautiva. Hay una mezcla de realidad e idealismo asombrosa. Los hombres, aun el mismo Cristo, tiene[n] siempre caracteres humanos; la Gloria en estos cuadros es un símbolo más que una realidad.

Al ver estos lienzos, se me figura encontrar en ellos algo de lo que informaba íntimamente la obra de Dominico Theotocopouli, y siento claramente el absurdo de los que creen que este pintor era un fanático, que era el hombre que encarnó las ideas religiosas del tiempo de Felipe II.

En esos lienzos yo veo, más que un espíritu ortodoxo, el espíritu de los herexiarcas (sic) griegos, que durante cientos de años conmovieron el mundo con sus sutilezas metafísicas.

Me represento al Greco queriendo arrancar de las cosas con su pincel la Esencia. Esa misteriosa esencia que exalta las facultades de todos lo que han querido bañar su espíritu en el éter de la sustancia única.

Se adivina en el pintor ese fondo idealista de los herexiarcas griegos, egipcios y persas, el rastro de esa estela luminosa que dejaron en la inteligencia humana los nestorianos, los gnósticos, los arrianos y los maniqueos.

Yo me figuro al Greco, cuando pintaba estos cuadros, no ya preocupado por el color y por la línea, sino pensando en la consustancialidad o en la coeternidad del Verbo; en si la Trinidad la componen tres personas distintas, o si estas tres personas son sólo hipóstasis de una misma sustancia. Creo que el espíritu del Greco no es el de un fanático ni el de un ortodoxo, sino el de un metafísico, artista sutil, genial, tan admirador de la fe ardiente de sus contemporáneos, que dejó en la mística Toledo con sus obras, enigmáticas como esfinges, sus grandes sueños de poeta.

PÍO BAROJA



(3)

“El pleito del divorcio”. *Diario Universal*, 26 de enero de 1904, p. 1.

Señora Colombine:

Mi distinguida señora: Muy amablemente me pregunta usted la opinión que tengo acerca del divorcio.

Soy partidario acérrimo de que se implante esa reforma social.

¿Es que creo que el número de adulterios en España es tan grande que se hace necesaria la implantación del divorcio?

No, no lo creo así. Es más, si se pudiera hacer una estadística de los adulterios en España, estoy seguro de que su número, en comparación del de los demás países de Europa, sería insignificante.

¿Qué indicaría esto? ¿Moralidad? No. Falta de vida, falta de pasión.

España es –digan lo que quieran– el pueblo más frío y menos apasionado de Europa. Hay la leyenda, es cierto, de que los españoles somos terribles, y las españolas ardorosas y de corazón volcánico; ¡qué más quisiéramos nosotros!

Somos, y aunque sea triste hay que confesarlo, un pueblo enclenque y débil, cruel y sin pasiones fuertes. La sangre del semita fastuoso, inteligente y frío, late en las venas de casi todos los españoles. Como la del moro, la vida de relación del español es escasa, y para la mujer y en nuestras capitales de provincia es nula.

En España, los hombres y las mujeres viven como si pertenecieran a distinta especie; hablan a través de un tupido velo de consideraciones y de fórmulas.

Los hombres aseguran que no se puede hablar con las mujeres porque su conversación es conversación de tienda y telas únicamente; pero he oído a algunas señoritas decir que no se puede hablar con los hombres por lo estúpidos que son.

No sé quién estará en lo cierto; el hecho es que esta carencia de relaciones entre los de uno y otro sexo, unida a la falta de apasionamiento, hace que haya pocos fogosos entusiasmos entre hombres y mujeres, sean casados o solteros.

Consecuencia de esto: hay pocos adulterios, y consecuencia de que hay pocos adulterios, el divorcio no tiene gran utilidad práctica.

Hay además otra cosa. Si el divorcio se estableciera en España para casos de adulterio, sucedería con él lo que ha sucedido con el matrimonio civil, que quedaría arruinado como una institución sin vida, como un instrumento sin utilidad, como un microscopio en manos de un salvaje.

Si yo creo que el divorcio no tendría resultado práctico, ¿por qué soy partidario de él?

Soy partidario de él porque todo lo que sirva para resquebrajar esta costra de leyes, de preceptos, de costumbres, de dogmas intangibles e inmutables que no nos dejan vivir, me parece bueno.

Soy partidario de él porque creo que hay que afirmar que todo es revocable, que nada es definitivo, que todo puede transformarse y mejorar.

Contra esta idea evolutiva está el sentimiento católico de lo inmutable, de lo doctrinario y dogmático que entre los españoles se da lo mismo en los que se llaman avanzados que en los que se consideran reaccionarios, lo mismo en Salmerón que en Nocedal, en Unamuno como en el padre Coloma.

Estamos sujetos a tanta ley, a tanto precepto, a tanta orden; estamos ya tan anquilosados por las férulas del Código, de la moral, de la sociedad, del bien parecer, que, aunque no sea más que un respiro, una ligadura de manos, ya es algo.

Actualmente el planteamiento de la cuestión del divorcio puede producir un bien. La discusión y el escándalo...

A la enunciación solamente del problema, de los rincones de todas las sacristías españolas, de todas las Congregaciones místicas y mundanas, de los palcos de los teatros, de los escenarios, hasta de los lupanares, vendrían protestas.

Escandalizar es algo. Cuando la moral es absurda, el escándalo puede ser una forma de la buena moral. Y no sigo más por no hacer interminable mi carta.

Es de usted atento s. s. q. b. s. p.,

PÍO BAROJA

(4)

“El domingo en París”. *El Radical* (Almería), 18 de junio de 1907, p. 2.

París es uno de esos pueblos donde pasa mucho el domingo, ese día tan deseado por los que trabajan durante toda la semana y tan fastidioso para los que no hacen nada en ese día ni en los demás.

El domingo en París es tan largo, tan desagradable y tan monótono como en los demás pueblos del orbe.

Sale de los almacenes y de las tiendas gente a paseo, a misa o a los Museos. El buen burgués pasea con su esposa del brazo y lleva sus dos o tres retoños por delante.

Nada tan ridículo y tan triste como esos chicos de las grandes poblaciones. Con su pantalón corto, su sombrero duro, su cuello blanco y su bastón, parecen micos. Van serios, graves; hacen preguntas a sus papás; parecen viejecillos de cara jovera.

Tras el corretear de la gente por calles y por bulevares viene la hora de la comida. Los restaurantes se llenan hasta el tope, sin que quede una silla vacía. Un aire pesado lleno de olores fuertes se respira dentro, y en las mesas se aprieta la multitud y deglute de una manera repulsiva.

Luego sale la gente de los restaurantes y corre con un aire aturdido y atareado a tomar el tren en las estaciones o el billete en las taquillas de los teatros. Se tropiezan unos a otros, se empujan torpemente, se ve que todo el mundo tiene el afán de llegar pronto, de gozar mucho. Un ansia feamente plebeya.

Después de esta hora se produce cierta calma en el pueblo; los bulevares están silenciosos, las tiendas están cerradas, apenas cruza algún ómnibus o algún coche vacío.

Luego, a medida que la tarde avanza, el bulvar se convierte en un paseo de gente endomingada. Pasan señores de sombrero de copa con sus mujeres; pasa un militar de tricornio, lleno de cruces, del brazo de una señora; pasa un soldado de caballería con su casco de gran plumero; pasa un borracho tambaleándose y lanzando discursos al aire; pasa un zuavo, pasa una vieja que lleva un perrillo en brazos.

Llueve un momento y todo el bulvar se llena de una mancha negra de paraguas. Al poco rato cesa de llover.

Un vendedor de periódicos trota a lo largo de la acera gritando algo que no se entiende; otro vendedor muestra sus nuevas canciones: “¡Le petit panier!” o “¡Ferme ton pepir Chabrot!”

Empieza a oscurecer; en los balcones aparecen muestras de comercios con luces que se encienden y apagan.

En los bancos del bulevar alguna gente pobre permanece sentada durante toda la tarde. Quizás es esta su única diversión.

Y sobre estas pobres gentes cae de vez en cuando, como un recuerdo triste, una hoja amarilla y seca de los árboles del bulevar.

PÍO BAROJA

(5)

Carta al director. *La Veu de Catalunya*, 26 de noviembre de 1907, p. 3.

Madrid 22 de noviembre de 1907

Sr. Director de *LA VEU DE CATALUNYA*.

Muy señor mío y compañero: no voy a contestar a los artículos de mi amigo el poeta José Carner, en los cuales me trata con una cortesía y una consideración que quizás no me merezco, por muchas razones. Primeramente, yo no soy un hombre de cultura histórica y antropológica; en segundo lugar, yo lo que he tratado de probar en mi artículo de *El Mundo* ha sido una cosa que es la siguiente: Que así como con un poco de malicia y de picardía se puede afirmar que los castellanos y andaluces son semitas y bereberes, con un poco también de malicia y picardía se puede decir que los catalanes son judíos. Nada más; porque toda esa antropología que anda en escritos de literatos y periodistas es para mí una ciencia ridícula y ful.

¿Que yo no creo gran cosa en los productos actuales de la intelectualidad catalana? Es verdad. Pero eso no quiere decir que yo sea ni defensor ni partidario de la intelectualidad madrileña.

No. Yo no creo en la España actual nada fuerte, nada grande, ni entre los vascos, ni entre los catalanes, ni entre los castellanos. Es posible que yo sea un miope.

Que se tome mi posición como dictada por el pesimismo o por la envidia, me tiene sin cuidado. Creo que la probidad es la primera obligación del escritor. Yo no creo –y aunque me dijeran que España entera iba a sumergirse en los mares por mi falta de fe– no creería.

Para mí, Madrid y Barcelona en política y en literatura representan dos fuerzas contrarias, ninguna bastante intensa para tragarse a otra. Quizás mejor que dos fuerzas se podría decir dos intereses. Cada una de estas ciudades tendrá su bando y sus campeones. Es lo más probable, pero yo no soy campeón ni de una ni de la otra.

Habrà lucha pero la lucha no será, no puede ser, ni grande ni épica, andará con abdicaciones vergonzosas y no dejará en nuestras almas más que una amargura, más que sentimiento de mutua miseria moral aún mayor.

Por eso en esta guerra literaria que parece que se prepara entre Madrid y Barcelona, y en la que se me considera a mí como adversario de una parte y amigo de la otra, quiero consignar francamente que soy enemigo de las dos y no soy partidario de ninguna.

Y si alguno se figura que guardo la candidatura de Bilbao por ser yo vascongado, se engañaría. Bilbao me parece aún peor que Madrid y que Barcelona.

Esto será nihilista y desconsolador, para mí es la verdad, y yo encuentro que decir la verdad, la verdad de uno, es la mayor de las alegrías.

Saludándole atentamente es de usted muy devoto.

PÍO BAROJA

(6)

Carta a Tiburcio Linacero. *El País*, 26 de marzo de 1911, p. 3.

Amigo Linacero: El domingo un amigo de usted me dejó una nota diciéndome que estaba usted en la cárcel. Fui después de comer con unos libros y me dijeron que no era hora de visita ni tampoco de dejar encargos.

A la mañana siguiente envié a la cárcel un chico con unos cuantos libros, entre ellos *Aurora roja*, pero se los devolvieron diciendo que no se podía enviar a los presos más que un libro, y tomaron de los que enviaba a usted *Las Historias de Tácito*, que creo habrá usted recibido.

No comprendo por qué a un preso no se le puede enviar más que un libro, pero viviendo en España no debe uno aspirar a comprender las cosas.

Salud. Su afectísimo.

PÍO BAROJA

(7)

Carta a Federico García Sanchiz. *Heraldo de Madrid*, 23 de octubre de 1912, p. 4.

Amigo Sanchiz, soy vascongado, pero no de raza éuscara (sic), porque entre mis apellidos cántabros, que suenan a hierro viejo como Baroja, Zornoza, Abrate, Eizaguirre, se intercalan otros del milanesado, más suaves y acaramelados, como Nessi y Griggione. Y esto soy, mezcla de raza bárbara y de raza refinada.

Soy médico y concluí la carrera en Valencia hace ya muchos años. He ejercido el oficio durante año y medio en Cestona. Además he sido panadero, periodista y *reporter*. También he ejercido durante unos meses de ayudante de ingeniero, y he tenido veleidades de especulador.

No me ha pasado nunca nada extraordinario. De chico fui muy mal estudiante, y no he tenido nunca afición a las letras. Mi infancia, fantaseando algo la he contado en las primeras páginas de *Silvestre Paradox*.

¿Cómo me metí a escritor? No lo sé. Creo que si hubiera podido viajar y satisfacer mis instintos andariegos, no hubiera escrito ni una línea. *No soy escritor por vocación, sino por imposibilidad de realizar una vida intensa*. Por esto, en todo lo que y escribo habrá siempre un dejo de tristeza y alguno (sic) que otro ultraje a la gramática. No domino tampoco los medios de expresión y tiendo siempre, por temperamento, al decir gráfico y sin adornos. Yo, de mí, sin modestia, pienso esto: que tengo algo de escritor, porque tengo algo de artista, y que tengo algo de artista, porque soy un hombre sincero...

(SIN FIRMA)

(8)

Telegrama en el homenaje a Grandmontagne. *El Imparcial*, 9 de junio de 1921, p. 1.

Tengo cerca de casa, amigo “Azorín”, un arroyo que mis amigos desprecian y ensucian, y que yo limpio siempre que puedo. El contemplar esa vena de agua que viene del monte sin impurezas me regocija. Lo mismo en la vida espiritual: quisiera ver las corrientes de la cultura limpias y diáfanas.

A todos los que trabajan en purificar esas aguas de los detritos de nuestra sociedad, turbia y plutocrática; a todos los que hacen de esa obra una religión de probidad y sacrificio; a todos ellos, va mi adhesión incondicional.

PÍO BAROJA

(9)

“Nuestros novelistas y el cinema”. *La Gaceta Literaria*,  
15 de diciembre de 1927, p. 4.

En el momento actual del cinematógrafo, lo más importante me parecen los actores y la técnica cinematográfica; lo menos importante, el argumento y la literatura. Yo no sé las posibilidades del cine, pero creo que la literatura no lo fecunda: Ni el *Quijote*, ni el *Hamlet*, ni el *Fausto*, ni los *Hermanos Karamazov* darán origen a films interesantes.

El cinematógrafo es una cosa diferente de la literatura; algo más popular, más colectivo, más cortical, menos individualista y menos tradicional e histórico.

Unos actores buenos y unos operadores buenos, con un asunto cualquiera, bastan para hacer una película interesante; un argumento admirable, con actores mediocres, no da resultado.

Todos estos grandes films aparatosos, históricos, con guardarropía pintoresca, que quieren ser literarios, aunque tengan momentáneamente éxito, me parecen caminos errados en la marcha del cinematógrafo.

PÍO BAROJA

(10)

“Unas palabras [cuartillas] de Baroja a sus amigos de Cataluña”.  
*Heraldo de Madrid*, 4 de abril de 1928, p. 4.

En general, en mis pequeños viajes no tengo grandes proyectos. Voy a la deriva, entregado a la casualidad, dama indiferente que, a veces, aunque no con frecuencia, tiene caricias maternas. Ahora he salido de casa, como siempre, sin grandes planes. El averiguar la vida del conde de España, venerable y pintoresco espantajo de teatro de guiñol, ha sido para mí un supuesto táctico, el pretexto para pasar

unos días en Barcelona. Con este pretexto he podido reanudar algunas amistades y conocer a otras personas, a las que agradezco cordialmente haberse ocupado de un escritor como yo, un tanto viejo, un tanto oscuro y un tanto solitario.

(11)

“Las Jornadas Médicas en San Sebastián. Unas cuartillas de Baroja”. *La Voz*, 1 de octubre de 1929, p. 3.

Yo tenía un pariente que comenzó a estudiar medicina a los cincuenta años, que unía en su sistema médico dos teorías indudablemente antagónicas: el materialismo y la homeopatía. Este pariente, de ideas muy arbitrarias, creía que cuando en el hombre se cierran las fontanelas del cráneo su cerebro se estanca y se suspende su desarrollo: Para él, la fontanela abierta era como el ventilador del espíritu en función. En nuestro país, en el país vasco (sic), hay gentes que consideran como una ventaja, y casi como un honor, el estancamiento, la cerrazón de las fontanelas; pero hay también algunos que quisieran tener las fontanelas de par en par para que entraran libremente en el espíritu todas las ideas, todas las innovaciones. Un caso ilustre y antiguo de estos hombres fue el del médico vasconavarro Huarte de San Juan. Yo creo que en nuestro país, quizá como en toda España, quizá como en todo el mundo, si hay gentes que buscan tener las fontanelas abiertas, los ventiladores del espíritu expeditos, esa gente está principalmente entre los médicos. Y después de este postulado, que es también un deseo, no me resta más que daros las gracias por la amable visita y deseáros salud y prosperidad.

(12)

“Ante la cercana elección de la Academia. Lo que dice Pío Baroja”. *Nuevo Mundo*, 17 de enero de 1930, p. 27.

Yo no he hablado nunca mal de la Academia Española. No me interesa por muchas razones; primera, porque la parte de decoración, de honores oficiales, nunca me ha hecho efecto; segunda, porque no tengo ninguna efusión o misticismo por el lenguaje; tercera porque no conozco las cuestiones técnicas lingüísticas, filológica y etimológicas que se pueden debatir en una Institución de esa índole.

Siendo esto así, como es, no tendría objeto que yo pretendiera ser académico.



(13)

“Las heroínas de mis novelas –dice Baroja– las he visto pasar, con unos rasgos pasajeros y fugaces”. *Estampa*, 1 de abril de 1930, pp. 37 y 38.

Yo he dicho, no sé dónde, que el novelista tiene la necesidad de inventar el tipo principal de sus libros, y que lo más que puede hacer es copiar de la realidad los personajes secundarios. No sé si esto es una ley general para todos los novelistas, a mí así me lo parece.

No se puede creer que Cervantes encontrara la vida de un don Quijote completo, ni que Dickens viese a Pickwick en las calles de Londres, ni Dostoievski a los hermanos Karamazov en Moscou (sic), ni Flaubert a Madame Bovary en las calles de Rouen. Lo más probable parece pensar que el novelista haga algo parecido a lo que se decía de Cuvier, que estudiando un hueso reconstruía un animal antediluviano completo. Yo, por mi parte, no he visto en la vida tipos de hombre o de mujer que pudieran ser íntegramente trasladados a la novela; he visto rasgos incompletos que, después de pensar en ellos e intentar completarlos con la imaginación, me ha parecido que tenían este o el otro significado. El haber acertado o haber errado queda para los venideros: *Mi porterá l'ardua sentenza*.

Las heroínas de mis novelas las he visto al pasar, con unos rasgos pasajeros y fugaces. Los tipos de mujeres que he conocido y cuya historia real podía haber escrito, dentro de su insignificancia, no me han dado motivo para escribir.

De los tipos femeninos de novelas mías que recuerdo, aunque un poco vagamente, dos de ellas son la muchachas Blanca y Marina que aparecen en *El Mayorazgo de Labraz*. Las conocí en una posada de un pueblo de Álava, próximo a Vizcaya, acompañando a mi padre hace unos treinta y tantos años, en una excursión minera. Ya, ni me acuerdo del nombre del pueblo. Eran dos siluetas bonitas que trasladé a mi novela. Ya serán viejas, si no se han muerto. Probablemente no se habrán enterado de que han aparecido en una novela. No sé de ellas nada.

En la misma excursión hecha con mi padre, conocí en la casa de una mina a una muchacha gallega que fue protagonista de un cuento mío: “Bondad oculta” de *Vidas Sombrias*. Tampoco de ella supe nada.

Lo mismo diría de casi todos o todos los personajes, masculinos y femeninos de mis novelas: no están íntegramente copiados de la realidad, tampoco están inventados en el aire.

La rusa que aparece en *El mundo es así* es como el recuerdo de una rusa que conocí en Ginebra en una manifestación del 1º de mayo,

y a quien hablé tres o cuatro veces. ¿Luego, qué hizo? No lo sé. En mi novela se casó con un suizo y luego con un español. En la realidad, no sé qué fue de ella.

Otra rusa que aparece en *La sensualidad pervertida* la conocí en París, y hasta estuve bastante entusiasmado de ella, que desapareció también. Si no hubiese estado casada y yo me hubiese podido casar con ella, probablemente no la hubiera sacado en mi libro.

(14)

“Baroja no se presenta a candidato a diputado”.  
*Ahora*, 5 de febrero de 1931, p. 4.

Desde hace tiempo tenía la idea de dedicar unos meses al periodismo y a la política.

La proximidad de las elecciones me brindaba una buena ocasión para esto. Pensaba presentarme candidato por San Sebastián y hablar en público. Quería llevar un poco el libre examen a la política, explicar a mi modo qué valor pueden tener mitos como el comunismo y el sindicalismo, y qué aspecto tomarían dentro de la realidad española.

Claro que a mí no me importa nada la abstención electoral de republicanos y socialistas; al revés, me parece beneficiosa, porque así podría uno explicarse sin oír gritos alrededor.

También tenía descontado el fracaso. Todo se reducía a emplear algún dinero, ganado difícilmente, en dar explicaciones, quizá mal recibidas, y en hacer un esfuerzo. Este proyecto romántico sin utilidad me seducía como una experiencia difícil.

La posibilidad lejana de ir al Congreso no me halagaba. Todas esas “chinoiseries” parlamentarias no me han hecho efecto. La mayoría de esos abogados retóricos de fama me parecen gentes de “ghetto” y de sacristía, apestadas, contaminadas, mal olientes, y nunca he tenido el menor deseo de acercarme a ellas.

Viviendo en esta idea de pura lucubración intelectual, he recibido un aviso de jóvenes radicales de San Sebastián, en el que me recomiendan que no insista en presentarme candidato. Ellos piensan votar al doctor Bago, actualmente preso, aunque Bago no pueda ser declarado candidato oficial.

Al presentarme yo, podía quitar votos a un amigo y aun compañero, hoy en una situación difícil. Esta consideración, tenga el valor que tenga, me hace renunciar en absoluto a mi proyecto.

Así pues, no soy candidato por San Sebastián. Renuncio a ello.

PÍO BAROJA

(15)

“España y la guerra”. *Ahora*, 10 de diciembre de 1932, p. 5.

### **Los de aquí y los de allá**

Hace cerca de treinta años estaba yo pasando una temporada cerca de un pueblo de la frontera vasco-francesa, en San Juan Pie de Puerto. Me hallaba alojado en el Hotel Central y me dedicaba a escribir un libro.

Un día se presentó en el hotel un señor, hombre de unos cuarenta años, fuerte, con una gran barba roja cuadrada, de aire un poco adusto y seco. Vestía chaqueta gris, pantalones cortos, vendas en las piernas, boina y bastón con punta de hierro. Tenía acento parisiense.

Hablamos; era aficionado a andar; yo también lo era, e hicimos largas excursiones por los alrededores del antiguo pueblo navarro.

A los dos o tres días de marchar juntos, me chocó la cantidad de conocimientos de aquel hombre. Conocía la frontera como su casa; había estado muchas veces por allí; sabía los nombres de todos los montes y picachos, por dónde iban los caminos y los senderos, dónde estaban los arroyos y las fuentes; sabía también la situación de los poblados, de los caseríos y de las posadas y tenía nociones de vascuence. Además de la geografía de la zona fronteriza vasco-francesa, conocía la formación geológica de los montes y su flora. Fuera de estos conocimientos geográficos, en lo demás era vulgar. De literatura, filosofía, ciencia, etc., no tenía más que voces generales, lugares comunes.

Una vez me mostró un mapa hecho en una gran escala que se doblaba en trozos cuadrados y se cubría con una lámina de talco. Al parecer, el hombre de la barba roja iba comprobando o corrigiendo los ortos de quel mapa. ¿Con qué objeto? No me lo dijo. Por el tipo de hombre, por su reserva, yo, con cierta tendencia innata al misterio novelesco, pensé:

– Este es algún espía alemán.

Una semana después el hombre del mapa se marchó a Baigorri.

Había en el hotel un redactor de un periódico de París que estaba convaleciente, y le dije:

– Ese señor de barba roja ¿quién será? ¿Algún alemán?.

– ¡Ca! –contestó él–. Es un oficial del Estado Mayor francés. Viene recomendado a las autoridades.

– Pues, amigo –repuse yo–, si el Estado Mayor francés tiene muchos oficiales como éste, no marcha mal.

Quince o dieciséis años después, en la época de la guerra, estaba yo en Vera, cerca de mi casa, apoyado en la barandilla de un puente, cuando se presentó una cabalgata lucida de oficiales españoles. Serían doce o catorce, todos muy elegantes y sonrientes, con magníficos caballos. El jefe se acercó a mí, me saludó con amabilidad y me preguntó:

– Oiga usted, ¿cómo se llama este barrio?

– este barrio se llama el barrio de Abrate (sic).

– ¿Y este arroyo?

– Shantell-errecá; otros le llaman el arroyo de Elzaurdi.

– ¿Qué distancia hay de aquí a la muga?

– Cinco kilómetros y seiscientos metros.

– ¿Hay carretera?

– Si señor; esta que va a Francia y sale a San Juan de Luz.

– Oiga usted, el sitio donde está la muga ¿está dominado por montes?

– Sí; marchando de aquí a Francia, a la derecha hay las alturas del monte Larrun, y a la izquierda, las del monte Cigorriaga, que los franceses llaman Mandela y la Bayoneta.

– Está bien. ¡Muchas gracias!

Partió la lucida comitiva, y a la hora u hora y media estaba ya de vuelta.

Me dijeron luego que era una comisión de oficiales de Estado Mayor. Yo me quedé asombrado de que no conocieran la geografía del país ni los nombres de los montes y de que volvieran tan pronto, y

recordé el oficial adusto de la barba roja de San Juan de Pie de Puerto, que recorría a pie todos los rincones de los contornos y los conocía palmo a palmo.

### **El francés ateniense**

Los franceses creen de sí mismos que son muy espirituales y que se parecen a los griegos antiguos, a los atenienses. Esto, sin duda, les halaga. Los franceses han inventado un tipo docente para los liceos, mezcla de francés y de griego, que debe parecerse al heleno de los tiempos clásicos como el “Telémaco”, de Fenelón, a la “Iliada”, y la “Apoteosis”, de Homero de Ingres, que está en el Museo de Louvre, a las esculturas del Partenón.

Yo, ciertamente, no pretendo ser ateniense. Creo que si viviera en la Atenas de los filósofos me aburriría profundamente. No tengo entusiasmo por Grecia ni por sus hombres. No me escandaliza que los franceses se crean helénicos y atenienses; pero me parece —en contra de lo que se figuran ellos mismos— que no tienen parecido con el griego antiguo. El griego era curioso y versátil. El francés no lo es. El francés tiene conocimientos muy escasos y rutinarios; en cambio, de Argelia, de Marruecos, del Congo y del Dahomey y del Tonkin tiene todos los datos posibles, estudiados y comprobados. A nosotros, con menos medios y cultura más deficiente, no nos pasa lo mismo, y con frecuencia, si sabemos algo, lo que menos nos sirve es lo que mejor sabemos.

### **Nuestra impericia militar**

Se dirá que no se puede juzgar, ni si quiera intuir la pericia técnica de un Estado Mayor o de otro por el pequeño ejemplo arriba indicado. Cierto, pero siempre un caso saliente predispone a examinarlo. La idea de que el Ejército español, al menos en la Edad Contemporánea, no ha demostrado mucha pericia y táctica, es una idea muy general. Cuando el desastre del Barranco del Lobo se dijo que el general Pintos no conocía la topografía del desfiladero donde entró con sus fuerzas, y que esto ocasionó la pérdida.

Yo he leído, no digo que haya estudiado, las campañas de la guerra de la Independencia y de la primera guerra civil. La actuación del ejército regular español en la guerra de la Independencia fue deplorable. Se dieron las batallas de una manera torpe, nuestros generales se pelearon, se insultaron, se negaron a colaborar unos con otros, escribieron papeles acusándose mutuamente; la administración militar fue desdichada. Los generales ingleses hablaron mal de los españoles por

su indisciplina, entre ellos lord Wellington, repitiendo casi las mismas frases que tuvo César contra nosotros, después de la batalla de Munda.

Cierto que se ganaron algunas batallas importantes, como la de Bailén; pero esto dependió más de la torpeza de los enemigos que de la pericia de los nuestros. Algunas otras batallas se ganaron por entusiasmo y valor.

En la guerra de la Independencia no fueron nuestros generales los que se lucieron, sino los guerrilleros: Mina, el cura Merino, el Empecinado, Jáuregui, el médico Palarea.

La cabeza visible del sitio de Zaragoza fue el general Palafox, pero los que dirigieron de verdad la defensa fueron los frailes y don Lorenzo Calvo de Rozas. Vizcaíno terco y despótico.

En la primera guerra civil tampoco fueron los generales cristinos de carrera los que demostraron su talento estratégico, sino los carlistas, algunos militares de poca graduación y otros paisanos: Zumalacárregui, Cabrera, don Miguel Gómez.

De la expedición de Gómez de 1936 se ha dicho que se ha estudiado repetidas veces en las escuelas militares de Alemania. Más que estrategia y táctica, lo que demostraron estos hombres fue habilidad, instinto de guerrillero, conocimiento del terreno y una perspicacia especial psicológica para el mando.

Las maniobras del ejército regular de la primera guerra civil se motejaron de desordenadas, de desprovistas de cohesión, y se escribió acerca de ellas esta décima significativa:

“Llor a los generales  
que a la batalla nos guían.  
Sólo en España podrían  
llevar el nombre de tales.  
En riscos y matorrales  
ven la facción apostar.  
Mándannos luego atacar  
y ábrennos mil sepulturas,  
por ganar unas alturas  
y volverlas a dejar”.

Las guerras que sucedieron a la primera guerra civil no pudieron presentar nombres del calibre de Zumalacárregui o de Cabrera. Martínez Campos, Weyler, Polavieja o el general Marina no fueron, como militares, más que segundones con más o menos suerte. No creo que sería difícil demostrar que los militares españoles no han sido

grandes organizadores ni grandes estrategas. Los tipos de los grandes organizadores, como Lázaro Carnot, Molke, etc., fueron hombres de espíritu matemático y científico. De esos tipos, España no ha dado. Nuestros militares fueron algunos de gran bravura (Espartero, Narváez, León, eran de un valor frenético); otros tuvieron, además del arrojo, atisbos de político, como Prim; pero el hombre de método, de organización, nuestro país no lo dio.

### **¿Hay un arte militar?**

Aquí nos podríamos hacer una pregunta. Además de la organización, ¿hay un arte especial de la guerra? No lo sabemos. Por ahora no lo hemos visto confirmado en ninguna parte.

Sólo sabemos que llegan los momentos difíciles en un país y que un labrador, un médico, un cura se improvisa general, se pone al frente de una tropa también improvisada y vence, en ocasiones, a técnicos encanecidos en el estudio de la guerra.

Esto no lo vemos en ningún otro orden de actividades. A un Pasteur no lo puede substituir el mozo de la carnicería de la esquina, ni tampoco a un Hertz o a un Einstein, ni si quiera a un billarista o a un tresillista le puede substituir un profano.

Ello nos hace suponer que no hay tal arte de la guerra; que las guerras se ganan a fuerza de hombres, de dinero, de armamento, de máquinas, de superioridad de industria, etc.

### **Los presupuestos militares**

Actualmente, la República española parece que quiere organizar, siguiendo las tradiciones imperialistas de monarquías y de Repúblicas, un Ejército importante.

El caso de Dinamarca, haciendo casi desaparecer su ejército y su marina de guerra, no seduce a los Gobiernos. Lo extraño es que no seduzca tampoco a los revolucionarios comunistas, que llaman a ese espíritu antibélico espíritu de pequeño burgués, como si una estúpida frase bastara para echar abajo un gran designio.

Pensando en la militarización de España, el primer punto que habría que aclarar sería éste: ¿España puede tener un buen ejército moderno? Yo creo que no. Y esto yo no lo considero como una inferioridad. Será inferioridad para los César y los Wellington; para el país, no. España no está ni para crear un ejército fuerte, ni para tener un Gobierno comunista ni para tener un Gobierno fascista. Nos contentamos con ser pequeños burgueses y será lo mejor que podamos hacer.

En esta cuestión de organizar un ejército, el empezar es lo esencial. Al primer presupuesto de guerra inflado, sigue el segundo, más inflado, y el tercero, mayor aún. El perro se hincha de viento, llega a subir por el aire y estalla. La bola de nieve aumenta y aumenta, y cuando esta bola de nieve militar llega al máximum de su volumen necesita la guerra. Siempre ha ocurrido así, la función engendra el órgano, han dicho los fisiólogos; pero muchas veces es el órgano el que engendra la función. Se podría decir que el espíritu militar produce un ejército numeroso; pero también se puede decir que un ejército numeroso produce el espíritu militar. Preparar un ejército únicamente de defensa es una mixtificación. Todos los ejércitos son, a la larga, agresivos. A mí me parece lógico que lo sean. Yo creo que no ha habido nunca en ningún país del mundo ejército que se haya considerado con un modesto valor defensivo. Un ejército así sería un Cuerpo de Alabarderos, casi un Cuerpo de Coros. Todos los ejércitos se consideran poderosos y agresivos. No pueden ser de otro modo, dada su mentalidad y su espíritu.

### **Nuestros pacifistas**

Entre los que se llaman izquierdistas, socialista y radicales había la tradición de ser poco partidistas de los aumentos militares; pero he aquí que estos pacifistas y antimilitaristas cambian de pronto y se deciden ahora a votar con el Gobierno, que quiere aumentar los gastos de guerra del país. Estas gentes catalogadas en nuestras izquierdas siempre han sido así. Han tenido un doctrinarismo duro, rígido de hoja de lata, y luego para la vida, un casuismo flexible y temporizador. Son nuestros radicales cortadores de lógica, como diría Carlyle, lo cual no les impide entrar en los ministerios en tiempos de monarquías y de dictaduras por las puertas de escape.

Así, hemos visto unas consignas que no se comprendían bien. La política española está llena de salvoconductos. Este señor sirvió a la Dictadura, pero puede pasar; éste, en cambio, no puede pasar.

Por ejemplo, con la petición del indulto hemos visto la misma arbitrariedad. Se condenó a muerte a “el Chato de Cuqueta” y las izquierdas decidieron salvarle; se movilizaron políticos y periodistas, y con este motivo, un revolucionario se abrazó con un obispo y lloraron los dos a lágrima viva. “El Chato de Cuqueta” era más querido que la niña de nuestros ojos. En cambio, se sublevó un pobre fogonero del barco “El Numancia”, no hirió ni mató a nadie. Las izquierdas no se movilizaron, y el pobre fogonero fue fusilado. A los desdichados de Vera de Bidasoa les ocurrió lo mismo. A éstos les dijeron: “Perdonen ustedes, hermanitos; otra vez será”.



Siempre es la arbitrariedad y la conveniencia lo que reina entre estas gentes que se llaman de la izquierda.

### **Las consecuencias de un ejército grande**

Un ejército grande en España sería el estancamiento del país. El Gobierno tendría que inventar una industria falsa y sostenerla artificialmente, inmovilizar y anquilosar la vida social; tendría que acabar con toda posibilidad de mejora en la existencia de los trabajadores e impedir el avance de la transformación de la propiedad, que es la idea madre de la época actual.

Por otra parte, al Ejército español que se formara forzando el Presupuesto le repugnaría pensar que al tomar parte en una guerra mundial –al lado de Francia, por ejemplo–, no podría hacer más que un papel secundario. Y no habría más remedio. Tendría que ser así.

Los que no somos militares sospechamos que en una guerra universal como la pasada los españoles no podríamos hacer nada más que el papel desairado y triste que hicieron los portugueses en el último conflicto europeo o, a lo más, el de los negros del Senegal, sirviendo de carne de cañón para ahorrar vidas francesas. Dejando a un lado, si se quiere, la cuestión humanitaria (los hombres muertos, los lisiados, las madres doloridas, la ruina y el hambre), y hasta mirándolo sólo como un negocio de una sociedad capitalista y conservadora, la creación de un Ejército español que diera la posibilidad a nuestro pueblo de intervenir en una guerra europea sería un negocio ruinoso, desastroso, que no podría traer más que catástrofes.

PÍO BAROJA

(16)

“La muerte de Félix Lorenzo. De Pío Baroja”. *Luz*, 25 de abril de 1933, p. 15

Yo soy hombre que en mi primera juventud era republicano y anticlerical. Después he ido abandonando el republicanismo y el anticlericalismo. No tiene nada de particular que lo que hoy es actual en España para mí, dentro de mi espíritu, sea algo pasado y olvidado. Félix Lorenzo era republicano y anticlerical. Hoy son para mí éstas dos posiciones políticas que no me interesan gran cosa. Como escritor, Lorenzo era, indudablemente, claro, gráfico y preciso. Un heredero de Mariano de Cavia.

(17)

“¿Qué libro le ha producido a usted mayor placer? ¿Qué obra ha escrito con mayor cariño? Contestación de Pío Baroja”. *Heraldo de Madrid*, 10 de agosto de 1933, p. 12.

—Vea: a su primera pregunta he de decirle: como diversión y entretenimiento, creo que *Pickwick*, de Dickens. Como emoción, *Los recuerdos de la casa de los muertos*, de Dostoiewski. A la segunda: *La leyenda de Jaun de Alzate*.

(18)

“Primera encuesta [...]. Pío Baroja”. *Almanaque literario*, 1935, p. 38.

1.-De ningún modo. El que un escritor se limite a cantar únicamente la emoción de una flor o de un pajarillo no me parece digno de un escritor. 2.-El escritor ha de dar a su obra un sentido [tomar partido]; si no, no valdría la pena que escribiera. Ahora bien, esa obra debe formar una totalidad artística y no didáctica, en cuyo caso ya no sería obra literaria. 3.-Opino que tales artistas [los que hacen de su obra un instrumento de propaganda política y social] son meros pedagogos. La obra literaria debe recoger la inquietud social del medio; pero para que sea obra literaria es preciso que lleve una finalidad artística.

(19)

“¿Qué obras [de teatro] prepara usted? Pío Baroja”. *Heraldo de Madrid*, 21 de enero de 1935, p. 4.

De teatro nada. No quiero escribir teatro porque nadie lo había de representar. Creo que Sorozábal, Romero y Fernández Shaw están ampliando mi ópera chica *Adiós a la bohemia*. Además, sepa usted, que me falta tiempo para atender a las colaboraciones periodísticas... ¡El teatro! Me gusta mucho, pero... ¡No, no; de ninguna manera! ¡No lo haré! Mi decisión es absoluta. Compréndalo.

(20)

“¿Italia o Abisinia? ¿Hacia cuál de los dos países se inclina su simpatía? Pío Baroja”. *Mundo Gráfico*, 16 de octubre de 1935, p. 13.

Sin guerra, mi admiración por Italia; en la guerra, mi simpatía por Abisinia.

Si el decantado derecho de los pueblos tiene una realidad efectiva, todas las simpatías han de recaer del lado de Abisinia y pronunciarse a favor de este pueblo que así ve atropellada su independencia. Si no es así, se ha de fusilar cara a la pared a todos los tratadistas que definen el derecho político y defienden y pretenden justificar estos atropellos.

(21)

“El monumento a Baroja. El gran escritor pronuncia unas sencillas palabras llenas de emoción y sutileza”. *El Liberal*, 24 de diciembre de 1935, p. 6.

Señores y amigos. Esta mañana, al levantarme y al contemplar desde el balcón el mar, siempre igual y siempre cambiante, pensaba cómo el transcurrir del tiempo produce sorpresas, no sólo a los ilusos, sino a los desilusionados. No hay, sin embargo, muchos imprevistos en la existencia actual de la mayoría de los hombres encarrilados en una dirección fija. Nadie puede prever los hechos de su vida, agazapados en el futuro, ni averiguar cómo responderá con su conciencia y con sus prestigios (sic), a los acontecimientos, a medida que se le vayan presentando ante los ojos.

Yo, durante la juventud y la edad madura suponía que, empujado por un probable sino, terminaría en ser un desarraigado, uno de esos tipos que llevan su pequeño mundo a cuestas y son como los Robinsones de la ciudad.

Según me han dicho ayer o anteayer, un conferenciante, Machimbarrena, en el Ateneo, al hablar sobre los tipos donostiarras, al referirse a mí, aseguraba: “Yo creo que no ha tenido infancia o vive en infancia permanente”. Supongo que lo segundo es más exacto. Todo el que no entra de lleno en la vida social y en sus jerarquías conserva cierto infantilismo o cierta juventud, aunque sea absurda o acentuada.

Se envejece, al menos espiritualmente, tanto por uno mismo como por los que le rodean a uno. Yo empiezo a notarlo ahora. A mi

vejez, mi vida, que me parece una carrera recta, va trazando vueltas inesperadas que me van acercando a poblado donde hay luz y calor y donde se inicia alguna responsabilidad.

No sé si un individualista acérrimo como yo podrá marchar con alguna gallardía, con alguna desenvoltura, en el tiempo que aún le quede de seguir su camino bajo el rumbo de pequeña responsabilidad. El acercamiento y la convivencia en el mismo le hacen a uno encontrarse entre amigos y participar de sus problemas y de sus afanes.

Quizás yo, corto y escaso de manifestaciones oratorias, no pueda encontrar palabras entonadas para expresar mi efusión actual; pero esto no es obstáculo para que las sienta muy adentro del espíritu.